

KAMCHATKA

REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL

DOSSIER
CONTAR VIDAS DESPLAZADAS

Equipo ViDes

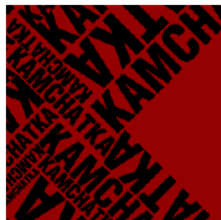


Dossier

CONTAR VIDAS DESPLAZADAS

Equipo ViDes

Contar vidas desplazadas <i>Equipo ViDes</i>	231-237
“Uruguay está salado”. Fluires estancados, entre ollas populares y situaciones de calle <i>Gabriel Gatti, María Martínez, Natalia Montealegre, Marcelo Rossal</i>	239-261
Los campamentos y la quietud de las visas en tránsito <i>Ignacio Irazuzta, Daniela Rea</i>	263-288
Miradas al mar de plástico: cuidados y descuidos en Campos de Níjar <i>Maria Teresa Martin Palomo, Jennifer Abril Rojas Ángel</i>	291-323
La crónica sociológica como estrategia narrativa para contar las vidas difíciles de contar <i>Mariana Norandi</i>	325-354
Oncotransitos. Cáncer y movimiento migratorio en el Sistema Nacional de Salud <i>Álvaro Villar Baile</i>	355-378
Retratos de exclusión. La experiencia de dos ancianas migrantes en una residencia española <i>Iñaki Rubio Mengual</i>	379-394
17 de abril, jornada rara: Entre tránsitos y especulaciones, ¿pura fabulación? <i>Gabriel Gatti, Carolina Kobelinsky</i>	397-414
La escritura sociológica en cuestión. Entrevista a Gabriel Gatti <i>Jaume Peris Blanes</i>	415-427



LA ESCRITURA SOCIOLÓGICA EN CUESTIÓN: VIDAS QUE NO SE DEJAN CONTAR

ENTREVISTA A GABRIEL GATTI

The sociological writing in question. Lives that cannot be told. Interview with Gabriel Gatti

JAUME PERIS BLANES

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA (ESPAÑA)

Email: Jaume.peris@uv.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0435-5074>

DOI: <https://doi.org/10.7203/KAM.25.31253> ISSN: 2340-1869

Desaparecidos. Cartografías del abandono, el libro que ha servido de excusa para tener esta conversación, fue publicado por la editorial Turner en abril de 2022, en dos ediciones: una para España y otra para México. La conversación sobre ese libro tuvo lugar pasada la mitad de 2024, y es recién ahora, en 2025, que se publica. Hay varias razones que explican estos retrasos: razones de agenda, razones personales... Y hay una que tiene que ver con el motivo principal de esta conversación: la escritura sociológica, la publicación de los textos de la sociología académica, su sentido y su destino.

Considerando esto, la mención al libro y a la editorial debe extenderse más allá de la mera cita. Como muchas editoriales que publican libros de académicos —aunque no todas—, Turner no cumplió con el compromiso adquirido con este libro al asumir la responsabilidad de publicarlo. No lo respetó ni en la distribución, que no realiza, ni con el autor, a quien no le paga los derechos que la venta del fruto de su trabajo intelectual genera: poco, pero suyo. Normalmente, las publicaciones de sociología no salen de sus palacios, ni de sus revistas —que pocas personas leen—, ni de sus editoriales —cada vez menos, y menos relevantes—. Al menos, en estas geografías. En este caso se hizo, se salió; el libro quiso seguir el mandato de legibilidad que siempre presiona a los autores de esta disciplina, o el de responsabilidad con aquello de lo que hablan, que a veces pesa. Encontrar lo que se encontró en el mundo de la cultura —amabilidad ampulosa, maneras de corte, y mucha mentira— fue un choque que resultó desconcertante y poco agradable. Y merece pensarse cómo se tratan y se explotan los derechos del creador. Que a veces, el sociólogo lo es. (Gabriel Gatti).

Esta conversación surge de un asombro. El que surge de la lectura de los libros de Gatti sobre la desaparición. Libros de sociología, sin duda, con un trabajo de campo riguroso, intenso y cada vez más extenso –extendido de hecho, cada vez a nuevas latitudes–, que abordan un objeto de estudio difícil, lleno de desgarros, historias dolorosas y quiebres personales y colectivos. Libros que suponen un salto adelante en el conocimiento que los estudios sobre las violencias contemporáneas van poco a poco construyendo. Pero además, son libros que llevan a cabo un poderosísimo ejercicio de escritura. No hablo de una “voluntad de estilo”, sino de una indagación creativa en la forma de contar la investigación, que es parte orgánica de la investigación en sí.

El centro de la conversación girará, pues, en torno a su libro *Desaparecidos. Cartografías del abandono*, pero más que centrarnos en su desarrollo conceptual, y en la indudable aportación que hace a los estudios sobre las formas de la exclusión contemporánea, nos centraremos en el modo en que, ese libro –y en propuestas anteriores– su autor afronta la problemática de la escritura sociológica. En cómo la pone en cuestión, la tensa y la lleva a sus límites. ¿Cómo dar cuenta de los agujeros del tejido social?, ¿cómo hablar de aquello de lo que se queda fuera, pero es cada vez más habitual?

JAUME PERIS BLANES/ En tu último libro, *Desaparecidos* (2022), cobra una especial importancia la cuestión del lenguaje, la narratividad y la estructura expositiva con la que contar los hallazgos del trabajo de campo. Pero aunque ahora esa reflexión esté en el centro, en realidad ya era una preocupación que aparecía en tus anteriores trabajos. ¿De qué forma aparece en tu trabajo esa preocupación por la escritura y cómo va evolucionando?

GABRIEL GATTI/ Creo que hay dos maneras posibles de contestar a tu pregunta. Una tiene que ver con mi forma de entender el trabajo en sociología actualmente y otra guarda una relación más directa con la naturaleza de “la cosa”, de lo que ya hace unos cuántos años atrás Mariana Eva Pérez llamó “el temita”, me refiero a los desaparecidos y a la desaparición, algo que es jodidamente complicado de contar. Pero antes de eso déjame que diga algo sobre lo primero, sobre la relación de mi oficio, que es el de sociólogo, con la escritura y con lo inquietante que me resulta ese asunto en tanto que investigador, docente, y en alguna medida escritor.

La escritura es algo que en sociología no se piensa: sale nomás. Por alguna extraña alquimia hasta hace poco las cosas de las que hablábamos y la manera de la que hablábamos de ellas conectaban, compartían forma, lógica. Y con la inercia de la evidencia hemos ido funcionando, sin pensar nunca mucho en qué caracteriza el gesto de escribir en sociología ni pensar demasiado en cosas que en otras disciplinas muy

cercanas a la nuestra sí se han pensado, como el lugar de la especulación o la figura del autor o nuestra relación con la literatura.

Pero la cosa se complicó hace algún tiempo y nuestra forma de contar se ha ido quedando no sé si atrás pero sí lejos de lo que demanda un mundo fraccionado, lleno de agujeros, global, variable, reversible, repleto de agujeros, con cosas que son pero duran poco, muy poco estructurado... La vieja escritura sociológica es poco adecuada para eso. Esa es una parte del problema: una escritura ajada, un asunto al que como disciplina seguimos ajenos. Seguimos actuando como si fuese posible decir las cosas del mismo modo que las decíamos cuando era posible decirlas cómo las decimos, y ya no lo es.

Me preocupa especialmente esto en nuestro trabajo como educadores, sobre todo con estudiantes que tienen una relación compleja con la lectura y la escritura.

Y luego está el “temita”, la desaparición, que es difícil de contar precisamente porque escapa a nuestras formas de relato. Así, de hecho, creo que se podría definirse la desaparición hoy en día, no tanto un dispositivo de eliminación del enemigo en contextos autoritarios sino algo más estructural, una suerte de mecánica de generación de insensibilidad y abandono, de vidas que se escapan de nuestros registros sensibles. Ahí el asunto de la escritura se convierte en algo mucho más problemático. No es cosa solo de escribir o contar técnicamente bien, o mejor; es mucho más sustantivo. Es preguntarse por cómo carajo hacer para decir algo de algo que tiene como dato fundamental que escapa de nuestras maneras de contar.

JAUME PERIS BLANES/ ¿Qué relación hay entre esa preocupación por la escritura y la reflexión sobre el contar y lo que en *El detenido-desaparecido* (2008) definiste como una “sociología desde el estómago”?

GABRIEL GATTI/ Diría que desde que empezó a usarse la palabra, *desaparecido* digo, o desaparición, lo hizo acompañada de algunos “datos de cumplimiento necesario”: que afectaba a la identidad personal y familiar, que impedía la gestión normal de la muerte, que perturbaba de alguna manera un uso convencional del lenguaje, que lo hacía difícil, cuando no lo impedía. Con el tiempo esos datos se convirtieron en tópicos de la figura, los lugares comunes del campo de la desaparición. Donde hubiera de esta había dificultad para ser, para hablar, para escribir, para decir. Era la época en la que hasta los supervivientes de los campos, los exdesaparecidos, citaban a Agamben para pensar su propio testimonio; de nuevo, esa idea, que la desaparición trabaja el lenguaje. Eso trajo páginas y páginas de trabajos, del campo psi sobre el trauma o el duelo, de la gente de literatura sobre el testimonio, de los que hacían memoria sobre la ruptura de la transmisión del pasado. Yo escribí aquello de la desaparición forzada como una “catástrofe para la identidad y el lenguaje”. Y junto a toda esta producción

académica, mucha literatura y cine y fotografía, muy poderosas, que se construyeron desde la convicción de la realidad de esos problemas, de ese problema, de nuevo: la desaparición desaparece el lenguaje. Nada menos.

En ese contexto intelectual es cuando propuse lo de la sociología desde el estómago, como una forma de habilitar a mi oficio a escribir desde otro lugar, de otra manera. Era también creo, una manera de emparejarme con la actividad creativa de los hijos de desaparecidos, de otros hijos, que en aquellos años —2008, 2010, por ahí— ya era notable, y muy significativa. Pienso en Albertina Carri, Felix Bruzzone, Nicolás Prividera, Mariana Eva Pérez, o en las fotos de Gustavo Germano, que no era “hijo de” pero ahí andaba. En Carri sobre todo, en *Los Rubios*, que descubrí en un congreso de LASA, en Las Vegas, en 2005. Qué delirio, ¿no? Ver eso en Las Vegas el día después de presentar un texto sobre el vacío social y la desaparición... La sociología desde el estómago fue mi apuesta para poder emparentarme con todo eso. Me parece poderosa la intención. Se alineaba bien con la intención de hacer ciencias sociales sensibles, conscientes de su lugar de enunciación, consistentes con la particular forma de entender la objetividad en este oficio. Ayudó a salirme de lo que veía en sociología de la desaparición, que estaba dominado por argumentarios algo lineales, poco sensibles a la brutalidad extrema de la cosa. Buscaban causas, Historia, Política. No me interesaba eso. Lo que me interesaba del fenómeno era cómo se habitaba algo tan devastador y contar eso demandaba otro tono, otra escritura. También escribir desde otro lugar. No creo que en *El detenido-desaparecido* lo haya conseguido del todo, pero sí que pude empezar a pensar cómo hacerlo y eso de la sociología desde el estómago ayudó.

Hoy, con eso de hacer “sociología autobiográfica” más asumido, habiendo admitido en alguna medida que es una marca de estilo, se me hace rara la etiqueta, y me parece que requiere cierto descentramiento. Pero no tanto por volver a viejos objetivismos, neutros, asépticos. No, al contrario. Aquella desaparición, la de los 70, invitó a eso, a textos desde dentro, desde lo que destruyó: desde identidades individuales quebradas, desde comunidades nacionales fisuradas... Bien, “estómago” está bueno para hablar de esa versión del temita. Hoy digamos que la cosa interpela otros órganos, al menos en mi caso, y diría que por eso que mi estómago, el de los afectados por la desaparición originaria, la de la primera ola, es irrelevante, que no representa ya la desaparición de hoy. Eso no quiere decir que no deba escribir con afectación, pero desde otra parte del cuerpo.

JAUME PERIS BLANES/ En algunos de tus anteriores libros habías experimentado con la incorporación de materiales heterogéneos: emails, cartas de otros, fragmentos de cuaderno de campo... ¿Qué aportaban esos materiales que no hubiera aportado una exposición más convencional?

GABRIEL GATTI/ Para mí fue necesario experimentar con formas de escritura que me dejaran decir cosas que no sentía que pudiera decir fácilmente con una escritura sociológica como la que practicaba en aquellas fechas. Me vi en la necesidad de romper el texto de distintas maneras; no diría que ninguna de ellas fuese especialmente innovadora pero mirado en conjunto y considerando que era un texto que no dejaba de querer ser académico el trabajo de entonces fue un aporte interesante. Como tú dices, introduje fragmentos de cartas, muchas notas de campo en forma de miniviñetas etnográficas, textos de personas a las que invitaba, que me permitieron aumentar el número de voces que participaban en el trabajo, comentarios breves sobre películas, o fotos, o libros, en capítulos muy teóricos... A casi 20 años de *El detenido-desaparecido* no sabría identificar cuáles fueron las referencias que me llevaron a hacer eso. Si lo hiciese ahora, casi todas estarían en la antropología o en la ficción crítica. Pero no entonces. No creo que encontrarse esas referencias en sociología; sé que no, porque de eso no había mucho, ni hay ahora. Pero sí podría decirse que en esos años, los de la primera década del siglo 21, empezaba a notarse en ciencias sociales una cierta preocupación por lo que hoy ya tiene forma de problema: preguntarnos por cómo escribimos e inquietarnos por lo mal que lo hacemos, no tanto en el sentido de hacerlo feo o bonito o legible o entretenido si no en otro más serio, que tiene que ver con cómo acompañamos con nuestros textos a los fenómenos de los que estamos hablando. O con cómo no los acompañamos. Ahí me vienen a la cabeza algunas lecturas de entonces, que me sorprendieron y me ayudaron a pensar cómo hacer para poder hacer eso del modo que yo quería. La fundamental fue la de un historiador argentino, Ignacio Lewkowicz, y un librito, *Sucesos argentinos*, que ha tenido mucho menos recorrido del que debería. Para mí sigue siendo una maravilla: el tipo se planta ante la obligación de describir en su propio movimiento los sucesos de diciembre de 2001 en Argentina no estando él en Argentina en aquel momento —aunque sí estuvo en momentos anteriores y posteriores— y queriendo describir la intensidad de todo lo que ocurre en una sucesión de acontecimientos en los que la racionalidad de la sociedad convencional se vio sustituida por la efervescencia de la asamblea permanente. Notas, mails, recortes, imágenes, se cruzan en el cuerpo del trabajo... Era todo un huracán de cosas mezcladas, en movimiento. No recuerdo nada de lo que dice del qué o del por qué de aquello pero sí mucho del cómo y cómo eso, el cómo, me dijo tanto del qué, mucho más de lo que podría haberme dicho un texto de sociología o de historia atento a líneas de causalidad económica, a movimientos sociales, a personajes heroicos o a traidores.

Y luego... es cierto que recurrí como fuente teórica y como estudio de caso a mucho material que procedía del campo de la cultura —ya lo dije antes: literatura, cine, fotografía— y que con eso pude construir alguna propuesta conceptual que ha tenido

un cierto recorrido después (sobre todo una, la distinción entre narrativas de sentido y de la ausencia de sentido). Pero en eso no noto que haya hecho nada especialmente novedoso en lo que tiene que ver con la estrategia narrativa y los recursos de escritura; era material que analicé, igual que podría haber analizado productos discursivos más propiamente sociológicos. Lo cierto es que eso produjo que el texto se introdujese con una relativa facilidad en el campo de los estudios culturales y literarios más que en el campo sociológico y que sigue siendo en ese campo, el de la gente que trabaja la palabra y el lenguaje, donde aquel libro funciona más, y donde, de hecho, cuando funjo de *desaparecidólogo*, lo hago yo mismo.

JAUME PERIS BLANES/ *Desaparecidos* presenta una investigación compleja en torno a lo que denominas “nuevas formas de desaparición”, que no son ya como las de las dictaduras de los años setenta, sino de una naturaleza mucho más difusa y difícil de pensar. La categoría de “desaparecido” surgió en aquel contexto como parte de un importante esfuerzo de imaginación social y jurídica que consiguió construir un marco conceptual, el de la desaparición, para hablar de un tipo específico de violencia que carecía de nombre. Cuarenta años más tarde, la extensión de la categoría a formas muy diferentes de violencia, que poco tienen que ver con las desapariciones de los setenta... ¿podríamos pensarla como parte de un nuevo esfuerzo de imaginación social? ¿Cómo se sitúa tu propio trabajo como investigador con respecto ese esfuerzo de extensión categorial?

GABRIEL GATTI/ Sí... hay un largo viaje en el tiempo y en el espacio entre las desapariciones originarias y las actuales, que hasta hace poco llamaba sociales y que ahora llamo, sin más, nuevas. Aquellas del origen estaban orientadas a un cierto tipo de sujeto, el ciudadano moderno, que fue su víctima y fue también el promotor de toda una maquinaria de resistencias y reacciones ante el dispositivo desaparecedor. Miradas con el tiempo uno no puede menos que celebrar y aplaudir esa creatividad social: inventaron un concepto para dar nombre a lo que no lo tenía, inventaron una forma de hacer política, una estética, hasta una ontología. Es mucho patrimonio ese. No es raro por eso que hoy en día queramos dejar el concepto de desaparecido en ese lugar, ya casi del orden de lo sagrado, que adquirió con ese trabajo, porque ese lugar ha tenido un recorrido político y jurídico tan poderoso que, ya digo, no se me hace nada extraño que muchos y muchas no quieran ayudar a que con la palabra, con aquella maldita palabra, se hable de cualquier cosa.

Pero el concepto que inventaron es tan poderoso que merece que se le deje trabajar. Y si se le deja y se toma en serio lo que hace, sigue asombrando. Ahora, nombra cosas que no tienen nada que ver con todo aquello que nombró en origen, pero que sí se parecen en algo con aquello del origen: no tenían una palabra justa, y ahora la tienen.

Pues está pasando de nuevo, desde hace algunos años, no demasiados, que *desaparecido* califica y da nombre a fenómenos que no tenían lenguaje o que escapaban del disponible. Ya no tienen necesariamente que ver con la represión política, ya no tienen necesariamente que ver con la devastación de las condiciones en las que se daba lo que entendíamos por sujeto o por ciudadanía o por identidad o por persona en el mundo moderno. Seguramente ahora tiene que ver con la producción sistemática de abandono y de vidas miserables, con formas de insensibilidad que hacen que se caigan de nuestros registros, de nuestros mapas, de las narrativas compartidas más y más formas de existencia, que eso, desaparecen, se borran. Es fascinante realmente que este uso de este término. Y no es cosa de expertos o académicas. Es cosa también de los usos populares de esta palabra, que acude en ayuda de quienes de otro modo no podrían decir qué es lo que les ocurre. Es algo que te encuentras en México, en República Dominicana, en el norte de África, en las reservas indígenas norteamericanas, en cada vez más sitios.

JAUME PERIS BLANES/ En *Desaparecidos* se lee: “objetos en permanente (des) hacerse requieren de textos que reflejen ese movimiento”. ¿Qué relación hay entre la naturaleza esquiva del objeto de investigación que abor das en él y la escritura fragmentaria y organizada como un *patchwork* que propones?

GABRIEL GATTI/ Lo comentaba antes y te decía que ese es el reto al que las ciencias sociales, y en particular la sociología, dejó de responder hace mucho tiempo: nuestra escritura ya no se adecúa a la naturaleza de los objetos de los que hablamos. No siempre ha sido así. De hecho si te pones a leer los clásicos de la disciplina vas a pasar por una experiencia literaria poderosa, viendo que detrás hay con unos tipos con una curiosidad brutal, capaces de hacer verdaderos ejercicios de ficción especulativa para proponer hipótesis que verdaderamente acompañasen lo que tenían delante, en momentos de efervescencia colectiva que requerían no solo de conceptos serios y de curiosidades intensas sino también de textos en movimiento, muy locos a veces. Pero luego esa cosa poderosa y que a todos nos contiene que se llama sociedad se solidificó y esa solidificación se convirtió en un presupuesto y ese presupuesto generó un tipo de literatura sociológica seca, sólida como la cosa misma, lineal. Tampoco es cuestión de criticarlo: era probablemente eso lo que ese mundo demandaba de la gente que practicaba este oficio.

Pero hace tiempo que ya no, que muchas de las cosas que componen eso que se llama vida social ese tipo de texto ya no funciona. Digamos que no cuenta bien. Digamos que habla de cosas que ya no existen o que existen a cachos. Lewkowicz, del que hablaba antes, decía que el mundo ahora ya no funciona en esferas sino en galpones y que necesita por eso textos fragmentarios. Antropólogas como Ana Tsing han

renunciado a hacer antropología de individuos o sujetos de identidades más o menos previsibles y compone sus textos buscando fricciones, siguiendo champiñones, identificando conversaciones entre entidades precarias... Hay muchos ejemplos. En esa misma línea me ponía con *Desaparecidos* delante de un hecho: lo que quiero contar, la desaparición contemporánea, tiene que ver con invisibilidad, con abandono, con la producción constante de no presencias... Eso no lo puedo contar así nomás. De ahí esa frase de tu pregunta; en realidad no es más que una adaptación a mi caso de trabajo de un viejo principio del positivismo que dice que hay que adecuar los conceptos a los hechos. Vamos, hacer textos rotos y sociología especulativa es hoy pura ciencia positiva.

JAUME PERIS BLANES/ Utilizas a lo largo del libro algunas figuras que sirven para describir la realidad de las nuevas desapariciones. Entre ellas, resalta la del mapa. ¿Qué relación hay entre tu forma de entender la sociología y el trabajo cartográfico?

GABRIEL GATTI/ En el libro el mapa, la cartografía, aparece de distintas maneras, sí. Por un lado porque en alguna medida el libro es un libro de viajes por distintos lugares donde hoy en el mundo aparecen desaparecidos, y viaje y mapa son cosas que no pueden no estar juntas. Además, el mapa y la cartografía son artilugios que siempre aparecen en el mundo de las desapariciones, en toda época, en todo lugar: mapas de fosas, mapas de centros clandestinos, mapas de cuerpos de migrantes desaparecidos, mapas para no perderse, mapas para localizar o localizarte y no desaparecer. El mapa es también el artefacto *princeps* de la representación, el que resume nuestra pretensión de representar el mundo, el que más se nota que fracasa cuando la representación no funciona, cuando hay cosas que ya no puede ver, recoger. Y el libro en mucha medida aborda ese fracaso. Y hay un mapa en concreto en el libro, con el que arranco y con el que termino, que es el que hice con mi hija para poner en un solo plano el tiempo y el espacio de las distintas formas de desaparición. Ainara me ayudó de hecho a ver que el mapa de las desapariciones ya no puede ser un mapa lineal y euclídeo, que el que hagamos tiene que ser mucho más sensible a lo absurdo a lo invisible y a la no cartografiable. Todo eso está en el libro.

JAUME PERIS BLANES/ En tus anteriores libros sobre la desaparición tu propia historia familiar actuaba como subtexto tangencial, a veces invisible, pero que te situaba muy claramente como parte de los mundos de la desaparición que describías: la “sociología desde el estómago” surgía de esa posición situada. Sin embargo, en las “nuevas desapariciones” que estudias en *Desapariciones* tu posición es de total exterioridad. Y, sin embargo, en este libro la presencia del yo es mucho más visible: tu trabajo como investigador, pero también circunstancias de tu vida laboral y familiar aparecen en él

con gran nitidez. Forman parte, de hecho, de la narración que da unidad a los estudios de caso. ¿La apuesta por la autonarración fue consustancial al proyecto del libro o apareció más adelante, como una forma de resolver los problemas que surgían en este?

GABRIEL GATTI/ No sé si de total exterioridad... pero entiendo lo que dices y tiene que ver con lo que hablábamos al principio, al conversar sobre la sociología del estómago que me vi interpelado a escribir cuando me puse a pensar sociológicamente en la desaparición forzada de personas en el Cono Sur de América latina. En esa primera desaparición, en la desaparición originaria, soy protagonista de primera fila, por familiar directo de varios... Tengo galones como para hablar del tema con un conocimiento de causa que me posiciona en un lugar que no puedo obviar a la hora de escribir de eso. Pero en este libro no hablo del Cono Sur, hablo de las desapariciones que vienen después de la desaparición originaria, casi 50 años después, cuando el desaparecido se ha convertido en un icono pop, en un concepto que circula, en una imagen a disposición en el mercado de los sufrimientos. Es algo de usos abierto y que de tanto usarse ayuda a pensar cosas que antes no se podían nombrar ni figurar ni representar. Todo lo que *desaparición* nombra ahora nada tiene que ver conmigo, quiero decir con “*mi desaparición*”. Comparten nombre, comparten alguna fenomenología, pero no mucho más. Respecto de eso una sociología desde mi estómago sería tan egocéntrica como irrelevante: hablaría de algo completamente distinto de lo que quiero hablar si de lo que quiero hablar es de las nuevas desapariciones. Pero sigue siendo cierto que la desaparición tiene aquel dato fuerte, que interpela el lenguaje y que obliga a contar y a escribir de otra manera. Por eso, aunque aquí no quepa la sociología desde el estómago, tampoco eso quiera decir que tocarse regresar a la ciencia social fría y objetiva que aquella cuestionaba, pero sí pensar desde dónde escribir, desde qué órganos. Y no siempre era igual: en México era estupor, sorpresa, miedo; en Uruguay, nostalgia; en República Dominicana diálogo entre conceptos precarios; en España silencio... En cada sitio, un efecto, un afecto, un texto. Estar muy atento a lo que cada manifestación del fenómeno provocaba en mí fue lo que me llevó a escribir en esa suerte de *sociología autonarrativa* pero de organicidad variada, si lo podemos llamar así. Y no fue una estrategia previamente preconcebida, se fue dando a medida que el trabajo de campo avanzaba, que producía notas de campo en los sitios en los que estaba y luego, cuando se escribió el libro, a medida que estaba tomando la forma de relato de viajes.

JAUME PERIS BLANES/ En tu libro *El detenido-desaparecido* afrontabas la problemática de la desaparición con una evidente voluntad teórica, y en él dialogabas claramente con los grandes nombres de la teoría crítica contemporánea. En *Desapariciones* la voluntad teórica parece mucho menor, desplazada a las notas al pie, y a algunas

reflexiones que no son tan centrales. Por el contrario, la emergencia del caso desconcertante, y de la narración de tu encuentro con él, ocupa el centro de la reflexión. ¿A qué crees que se debe esa transformación en el modo de dar forma a la investigación?

GABRIEL GATTI/ Esto sí diría que fue algo que decidí antes de escribir el libro. De hecho, como bien dices, *El detenido-desaparecido* estaba escrito, entre otras motivaciones, desde la intención de hacer teoría, y esa intención se imponía sobre el resto del texto; las situaciones empíricas, las viñetas etnográficas o los trocitos de película y las fotos estaban desplegadas por el libro con la voluntad de darle claridad, pensando en el lector. Pero eran ilustraciones, acompañantes de una enorme cantidad de conceptos que el libro proponía. Se explica: primera investigación tras mi tesis doctoral (la empecé tres años después de terminar la tesis), y además necesitaba marco teórico para entender algo que sentía que aún no lo tenía. Parecía necesario desarrollar todo eso en aquel momento. y aunque quería y debía escribir distinto a lo que había aprendido, o al menos distinto a lo que se imponen en el “género tesis”, la intención de generar un cuerpo teórico se impuso sobre otras.

Una década y pico después de eso las necesidades cambiaron. La tesis quedó lejos, yo escribo de otro modo, no siento tanta necesidad de legitimarme por la teoría, y he incorporado —creo que en parte también por el tipo de textos que ahora leo— un estilo de teorizar que está comprendido en cómo describo y cuento. Si la teoría aparece, aparece como ilustración de la descripción empírica o del relato etnográfico o de la crónica. Se invirtieron los términos. De hecho, como dices, en *Desaparecidos* muchas propuestas teóricas están en las notas, y salvo en algún capítulo en donde sí dejo un listado de referencias que permiten al lector o a la lectora situarse y saber dentro de qué estilo de hacer pensamiento abstracto está el libro, o esa parte del libro, la cita de autoridad está prácticamente ausente. También hay en eso algo que defiendo pues es saludable: una voluntad todavía no del todo realizada de hacer una sociología legible para un público distinto al cautivo de la comunidad de la ciencia social.

JAUME PERIS BLANES/ ¿Explica eso el hecho de que te hayas decidido por publicar en una editorial como Turner, que aunque publica ensayo no es académica?

GABRIEL GATTI/ Y es todo un tema para los que trabajamos en sede académica, un dilema casi ¿publicar o ser leído? Es algo que en la Academia, en ciencias sociales al menos, no hemos problematizado lo suficiente, digeridos como estamos por la maquinaria del publicar o perecer. De hecho, en mi campo, en sociología, ya parece irreversible el proceso, y es raro que los nuevos investigadores piensen en sacar un libro, o en generar una publicación que perdure, o en buscar convertir lo que dicen en

referencia. El problema es el impacto medido del medio en el que estén, al punto que una vez que logran colocar su producto en ese medio se desentienden del producto. Si llegan a hacer un libro, lo mismo. No digo nada nuevo, ni siquiera quiero recordarlo a los incautos o a las novatas. Me lo recuerdo a mí mismo: a estas alturas sacar libros, elaborar argumentos largos, facilitar debates que requieran tiempo... es una misión, una obligación, casi un proyecto político. Y luego está lo otro que te decía: ser leído por alguien más que alguno de esos que Latour llamaba “curiosos hombres grises entre sí”, los tuyos, los de tu cenáculo.

En este caso, sí, quería ser leído y no solo publicar, y ser leído en un ritmo distinto del de cuentagotas al que estoy más acostumbrado: el de la cita académica, el de la referencia que circula a largo plazo, el del PDF que se va pasando entre correos... Eso había pasado con *El detenido-desaparecido*, o con *Identidades desaparecidas*, que de a poco se integraron al listado de referencias fuertes del campo. Pero en este caso, buscaba otra cosa: entrar a otras conversaciones, que las citas del libro se trabajasen de otro modo, que lo que produjésemos desde la Academia fuese digerido y usado no solo por ella. Y se daban algunas condiciones que dejaban pensar que era posible hacerlo: recursos que dejaron hacer un trabajo de campo extenso y sostener un ensayo en trabajo de campo bien realizado y en grupo, una posición en la Academia que me deja preocuparme solo relativamente de la publicación de impacto e invita a explorar otros modos de hacer públicos los resultados de investigación...

Y por eso Turner. Durante un tiempo estuvo bien: presentaciones pequeñas pero muchas, conversaciones con tipos de lectoras inesperadas, y muchas, entrevistas en radios o teles o prensa, sobre todo mexicana o uruguaya, alguna en España, algunas reseñas académicas, pero otras que no, que funcionan y circulan de otro modo. Fue interesante ese proceso de discutir el texto con gente que lee y conversa distinto, que viene de lados muy otros a los nuestros. No es público cautivo. El texto académico puede ser maravilloso pero se integra en un circuito en el que se lee, o se cita, por obligación; si un trabajo tuyo se convierte en referencia ese público cautivo debe citarlo, lo que no quiere decir que lo lea. *Desaparecidos* buscaba otro circuito.

Pero duró poco. La editorial empezó a tener problemas económicos, eso dijeron. La gente que trabajaba bien en la difusión o con la prensa se fue, o la echaron, y quedaron dentro sujetos que tanto pueden manejar el negocio de los libros como el de los peines. Desde que eso ocurrió, todo ha sido muy incómodo y tengo la sensación fea, muy fea, de que la editorial, o sus distintos responsables, con maneras muy desagradables además, se han apropiado del producto de mi trabajo. La decisión de salir del Palacio Académico —que está lleno de mugres e inconvenientes—, pensando que esas mugres, esos inconvenientes, serían menores en el mundo de la cultura, se encontró con algunos sujetos que hacían de este segundo lugar algo más desagradable que el

primero. Mucha mentira. Mucho pícaro con maneras de corte. Mucho vendedor de historias en ese negocio, al menos es lo que me encontré en Turner.

Si, ha sido fea la experiencia de ser desposeído del resultado de todo el trabajo que está tanto detrás de hacer un libro —el proyecto que lo sostiene, sus recursos (en general públicos), el equipo, el escritor—, como del que está delante: las lectoras que pueden interesarse, el tema con el que uno se compromete, la circulación de ideas por la que apuestas al meterte a trabajar de este modo, ciertas obligaciones de eso que podría llamarse “sociología pública”...

JAUME PERIS BLANES/ La escritura de *Desaparecidos* coincidió, en buena medida, con una estancia en la Universidad de Stanford en la que impartiste, precisamente, un curso sobre las posibilidades de la escritura sociológica en relación con la desaparición. ¿Cómo se planteó ese curso monográfico?

GABRIEL GATTI/ Sí en efecto. Tuve la suerte de estar entre 2019 y 2020 como profesor invitado en el Center for Latin American Studies de la Universidad de Stanford con una ayuda del programa de profesores invitados de la Fundación Tinker. Fui gracias a la invitación de Jorge Ruffinelli. Fue un absoluto privilegio que me permitió tener unas condiciones de trabajo que en Europa yo al menos no conozco: tiempo, muchos medios, la posibilidad de dictar dos cursos de mi total y absoluto diseño y de tener como estudiantes a gente con una capacidad de discusión y trabajo muy rara de encontrar. O al menos tuve la suerte de encontrarme con esa gente y de conectar con ella (y hasta ahora sigo) en los dos cursos que di. Di primero un curso más general sobre la desaparición y la representación. Y en el segundo cuatrimestre es cuando me atreví a proponer un curso que no era sobre nada sino que discutía semana a semana los avances del libro con los estudiantes. Intenté que fuera capítulo por semana pero fue imposible. Pero pude trabajar algunos capítulos de ese modo, casi en tiempo real: escribía rápido, llevaba a clase lo que había hecho, contaba lo que había querido hacer, que raramente alcanzaba lo logrado, lo leían, criticaban y lo hacían duro. Al tiempo, ellas fueron haciendo lo mismo. Fue muy expuesto, te hacía sentir muy desnudo, te obligaba a mostrar demasiadas bambalinas y muchas interioridades. Me sentía muy expuesto, ya te digo. Pero mover ese borrador en carne viva, suficientemente terminado como para poder mostrarse pero no del todo como para hacerlo del todo bien, me hizo de un modo mucho más consciente de lo que lo era hasta entonces sobre como escribía, qué me daba placer, qué me frustraba. Sufrí y gocé con eso, la verdad. Quedaron de ese proceso bocetos que siento como si estuviesen garabateados a muchas manos. Eso me parece muy rico, en general pero más en un proceso de búsqueda de lenguaje como el que perseguía este libro. Ya te digo, aprendí mucho de cómo escribo, de mi ciclo de mal humor-buen humor, tensión-liberación. Y del libro

como artefacto de conversación. Eso fue precioso. Pero no es para hacer cada vez que uno escribe, ni cada año.

JAUME PERIS BLANES/ En tu nuevo proyecto de investigación, titulado *Vidas Descontadas*, la cuestión del “contar” ocupa un lugar central de la reflexión, en el doble sentido de narrar y contabilizar. ¿Podrías explicar cómo se establece esa relación en el marco de esa investigación?

GABRIEL GATTI/ *Desaparecidos* aunque es un libro individual que resulta de preocupaciones muy viejas y muy relacionadas con mi vida, es también el resultado de un trabajo que en sus últimos años ha sido mucho más colectivo que personal. El colectivo es el del equipo de investigación con el que trabajo desde hace poco más de una década. De hecho, toda la gente de ese equipo está muy presente en el libro, con referencias constantes a las conversaciones, los viajes, las discusiones... que tuvimos, sin las que el texto no podría haberse escrito.

Con la mayor parte de esa gente sigo trabajando ahora y el proyecto que tenemos sigue de hecho con las mismas inquietudes, quiero decir, que aborda el problema de cómo hacer para contar realidades sociales que tienen como característica fundamental que escapan o se ausentan o se desvanecen o simplemente no se ven, no se sienten, no se perciben con las herramientas conceptuales, teóricas, cognitivas, sensitivas que heredamos para pensar y gestionar el mundo. Podría decirse que todo eso que se escapa de nuestras maneras de contar es lo que hoy llamaría desaparecido. Es lo que se cae del mapa, lo que se cae de la representación, lo que se escapa de los cuentos y las cuentas disponibles. En el proyecto *Vidas descontadas*, *ViDes*, proponemos una definición ampliada de desaparición, que decimos que es un triple descuento: falta de narración, falta de registro, falta de cuidado. O sea: es la vida que no se cuenta en el sentido de que no se narra, que no se cuenta en el sentido de que no se registra, que no cuenta en el sentido de que no importa. Para esas vidas entonces contar no es solo un problema, digamos, técnico que tenga que ver con una forma más o menos adecuada de escritura para poder describir o analizar bien lo que son; es una cuestión más estructural, mucho más: son existencias hechas para no ser contadas.

Y en eso estamos, escribiendo sobre ellas, creando una suerte de tejido narrativo que sin traicionar su naturaleza esquiva al lenguaje de algún modo dé cuenta de qué son. El libro que lo cuenta, de hecho, está a punto de salir. Se llamará *Vidas descontadas*